

tía. Porque hasta entonces el interés que Berta le inspiraba no era más que un reflejo de su afecto por el señor Luciano Crehu de la Saulays.

Aunque de toda la gente del castillo era á Tiennet á quien menos conocía Berta, al reconocer su voz no tuvo miedo.

—Señorita Berta—dijo él,—la he creído muerta.

—No es á mí á quien quieren matar—respondió Berta;—es á Luciano.

—¡Aquí estoy yo!—dijo Tiennet, intentando interrumpirla.

Peró la joven le cortó la palabra y terminó:

—¡A Luciano y á usted!

El joven aldeano irguió la cabeza con orgullo.

—¡A mí no me matarán!—dijo, como ya lo había dicho en la cámara mortuoria.—Señorita Berta—repuso con voz dulce y tímida,—yo no sabía cuánto la amaba. Cuando la he creído muerta, parecía que iba á rompérseme el corazón. ¡Qué hermosa es usted y qué bien hace el señor Luciano en amarla!

Una nube oscureció la frente de la joven.

—¡Chist!—murmuró.—¡Se oye á través de este cortinaje! ¡Piense usted en salvar á Luciano!

—Le salvaré por él, señorita Berta—repuso el joven, que tenía la mano sobre el corazón y cuyo acento caballeresco conmovió el alma de Berta;—le salvaré por él, porque le amo; pero ahora siento que también le salvaré por usted.

\* \* \*

Al otro lado del cortinaje el efecto producido por la extraña acusación dirigida en el testamento mismo contra Fargeau y Morin no se había calmado.

—¡Ese testamento—dijo Fargeau con amargo acento—es una obra de locura!

—¡Acusar así á un hombre de mi condición!—murmuró Morin.—¡Al fin era un liberal!

El fantasma extendió sus escuálidas manos para calmar la tempestad naciente.

—¡Chist!—dijo con su sonrisa de esqueleto.

—Haré una sola observación á nuestro primo y amigo Fargeau—dijo Maudreuil.—Puesto que supone que el testamento de nuestro venerable Juan Crehu esté inspirado por la locura, debe renunciar á sus beneficios.

—¡Demonio!—exclamó Guérineul.—¡La herencia inspira talento á este tonto de Maudreuil!

En vez de responder á la impertinente observación de *Primo y amigo*, Fargeau se encogió de hombros y se encerró en una fría dignidad.

El doctor Morin hizo lo mismo.

Bien que ambos fuesen habitualmente sobrios, aquella noche dedicaban poca atención al burdeos. Los demás convidados le hacían los honores mucho mejor que ellos.

En cuanto al fantasma, continuando la gradación que hemos indicado, ya había llegado á servirse un vaso de vino lleno de ron.

Era lo suficiente para embriagar á un toro; pero las mejillas del fantasma conservaban su lívido color de marfil antiguo.

Cuando *Primo y amigo* reanudó su interrumpida lectura, el fantasma, lo mismo que antes, apoyó la barba entre las manos y escuchó.

### XXXIV

#### Legados y liberalidades.

El testamento continuaba así:

—«No teniendo esperanza de vivir más de tres ó cuatro años, en los cuales me guardaré de mis parientes y de mis amigos, dejo marchar las cosas á la voluntad del azar, único dios que siempre ha regido el mundo.

»Y dispongo de mis bienes muebles é inmuebles como se expresa á continuación.»

Un suspiro de bienestar salió de todas las bocas. *Primo y amigo* hizo un gesto reclamando silencio y prosiguió:

—«Poseo cerca de dos millones de fortuna, conquistados en diferentes oficios. Si el dinero conservará el olor de su origen, acaso el mío no olería muy bien. Mis herederos tendrán la amabilidad de pasar esto por alto; estoy seguro de ello.

»Dono y lego:

»1.º A la señora Marion, propietaria, con la cual he pasado en ocasiones instantes agradables, un frasco de agua de Colonia, que está empezado y se halla en mi mesa de noche, dos tarros de pomada y una botella de aguadiente; todo para que tenga de mí un buen recuerdo.

»2.º Al señor Fargeau Crehu de la Saulays, mi sobrino, la undécima parte de todos mis bienes muebles é inmuebles, con la carga de contribuir á pagar los legados dichos.

»Mi sobrino Fargeau es un pobre muchacho que tiene interés en hacerse un hombre honrado. Siguiendo la línea recta, hubiera tenido todas las probabilidades posibles de ser muy rico. ¡Pero cómo impedir á un perro cazar! Mi sobrino Fargeau es un bribón y lo será siempre.

»Le he alimentado desde su infancia, casi le he tratado como á un hijo. Desde que tuvo uso de razón no piensa más que en enviarme á un mundo mejor; por eso le lego la undécima parte de mis bienes; porque en definitiva, hace doce ó quince años que tiene uso de razón, y hubiera podido deshacerse de mí mucho más pronto.

»Le ruego que reciba mis más expresivas gracias.»

—¡Malo hasta después de su muerte!—refunfuñó Fargeau, que arrojaba por la boca espumarajos de rabia.

Todos reían para su sayo. Besnard mismo no podía contener su hilaridad. Sin embargo, como Fargeau le mirase de frente, el hombre de ley tomó un aspecto propio de las circunstancias y murmuró al azar:

—¡Eso es innoble!

—«3.º A Luciano Crehu de la Saulays, mi sobrino, con la carga de pagar su parte del primer legado precitado, lego igualmente la undécima parte de mis bienes muebles é inmuebles.

»Luciano no cuenta más que veinte años. Sus vicios aún no están definidos. ¡Ya llegarán!

»4.º Al señor doctor Morin, mi médico, dono y lego por sus buenos cuidados la undécima parte de mis bienes muebles é inmuebles, con la carga de pagar su parte del primer legado arriba indicado en favor de la señora Marion, propietaria.

»No podré más que repetir respecto al doctor Morin lo que he dicho respecto de Fargeau. Hace diez y ocho años que el doctor me trata: le debo, pues, justamente diez y ocho años de espera.

»En la gran familia que formarán en adelante mis herederos, Fargeau será la víbora, y el buen doctor tendrá la misión de renovar su veneno.

»5.º Al señor Maudreuil...»

—Señores—interrumpió *Primo y amigo*,—voy á leer el artículo que me concierne, como el de los demás, sin omitir una sílaba. Todos sabemos que nuestro venerable amigo y primo tenía un carácter cáustico...

—¡Leed, leed!—dijeron todos.

Y el fantasma añadió inocentemente:

—¡Leed, leed!

—«5.º Al señor Maudreuil, la undécima parte, etc., con cargo de pagar, etc.

»Aunque el señor Maudreuil no sea, en mi concepto, ni un ladrón, en la rigurosa acepción de la palabra, ni un asesino, quiero, no obstante, comprenderle en la lista de mis liberalidades testamentarias. Este hombre está, en efecto, animado por un amor inmoderado á las herencias. Bien dirigido, este amor puede llevarle á todo.

»Espero que Maudreuil hará rabiar muchísimo á sus coherederos.

»Hago aquí una mención que tiene su importancia. Maudreuil me ha hecho dos mil visitas y le he recibido tres veces. Me ha inducido á algo peor que ahorrar á todos los honorables parientes y amigos que tienen su sitio en mi testamento...»

—¡Oh!—dijo la asamblea indignada.

—«...Lo mismo de Fargeau—continuó *Primo y amigo* sin conmoverse—que del querido doctor Morin y de Besnard, que de los demás.

»Hijos míos, os he escogido, detestándoos á todos. Estáis en las mejores condiciones para devoraros unos á otros. No defraudéis las esperanzas de un moribundo. ¡Aguzad los dientes y nada de pereza!»

A fe mía, el fantasma se frotó las manos al oír este apóstrofe, verdaderamente elocuente.

Los herederos habían tomado su partido y bebían de lo lindo.

Algunos empezaban á ver las luces dobles.

—«6.º Al señor Houel dono y lego la undécima parte, etc., con el cargo de pagar, etc.

»A los que se asombren de ver que favorezco á un viejo belitre que goza de reputación pasadera, les contesto: el viejo Houel es sonámbulo. Una noche cogió en brazos á mi prima Houel, su mujer, y la arrojó al fondo del estanque de Brehaim...»

—¡Qué horror!—exclamó el buen Houel.

—¡Cuidado!—dijo *Primo y amigo*.—Si quiere usted rehusar el legado...

Houel bebió un trago.

—¡Bah!—dijo con resignación.—Puesto que dice que era durmiendo, ¡bueno va!

—«7.º Al señor Menand joven (la misma fórmula de donación, siempre con la carga de pagar el primer legado en favor de la señora Marion, propietaria).

»Menand joven es notario, estúpido y fullero.

»Tres buenas cosas que es preciso alentar.»

La *Alcachofa* no protestó. Solamente al oír la palabra fullero sacó del bolsillo un ajo, que peló con descaro.

—«8.º Al señor Besnard, hombre de ley (la misma fórmula).

»Normando, injerto en bretón.

»Creo que de Rennes á Laval no hay un bellaco más desvergonzado que él.

»Desempeñará su papel en este asunto, y el Diablo quedará satisfecho.

»9.º A la señorita Olivette, etc., la undécima parte... etc.»

—¡Bueno!—pensó Menand, que mascaba su ajo con acre voluptuosidad.—¡Veamos lo que dice de mi mujer!

—«¡Lindo pimpollo femenino, con todos los buenos gérmenes de la peste! Ambiciosa, orgullosa y embustera. ¡Espero mucho de ella!

»Al lado de esta encantadora muchacha, la señora Marion, propietaria, es un sensible corazón.

»10. A Tiennet Blóne...»

Al llegar á este punto los cortinajes se agitaron. Pero nadie prestó atención á ello, porque los vapores del ron habían trastornado las cabezas.

—«A Tiennet Blóne, la undécima parte, etc.

»Esto es una debilidad, ó lo que los tontos llaman un deber.

»Pero el muchacho podrá bien aquí ó allá romper una cabeza á alguien, y esto no es de despreciar.

»¡Es igual! El remordimiento de mi conciencia me dice que cometo una buena acción.»

¡Y pensar que tan audaces paradojas no producían el menor efecto!

—«11. Al señor Félix Guérineul (la misma fórmula).

»En toda farsa es indispensable un personaje grotesco.

»Que mi primo Guérineul tenga la atención de aceptarle, pues desempeñará el papel á las mil maravillas.»

—¡Caramba!—dijo Guérineul.—Si alguno de los que viven quiere repetir esto, ¡vive Dios que le arranque el alma, á menos que no me pague al mismo precio que el loco del viejo! ¡Cuerpo de Cristo!

—«12. Finalmente, dono y lego al señor Honorato Crehu de Pelihou, mi muy amado hermano, que presta á réditos en el callejón del Pozo Rondel, en Vitré, bajo el nombre de señor Honorato, el *Tragamonedas*, la undécima parte restante, con la carga, etc. (Siempre el legado en favor de la señora Marion, propietaria.)

»Y le nombro mi ejecutor testamentario.»

Un suspiro de consuelo se escapó de todos los pechos.

—¡Vive Dios! ¡Cuerpo de Cristo!—exclamó Guéri-

neul.—He aquí un viejo que estaba aburrido como el mismo aburrimento! Se terminó, ¿verdad?

—¡Es negocio concluído!—dijo el viejo Houel.

Todos estamos iguales: tenemos injurias y dinero. Sin embargo, *Primo y amigo*, que continuaba leyendo en voz baja, palideció de pronto casi tanto como el joven Fargeau.

—¡No, señores!—dijo con plañidero acento.—¡No se ha terminado! ¡Estamos arruinados! ¡Nuestro amigo y primo, que ahora no me atrevo á calificar, se ha burlado de nosotros del modo más inhumano!

Todas las caras se alargaron, excepto la del fantasma Honorato, el *Traga-monedas*, que no podía alargarse más, so pena de entrar en la definición de la línea geométrica.

—¿Qué hay, pues?—preguntaron todos á la vez.

—¡Escuchad!—dijo *Primo y amigo* con la solemnidad de la desesperación.

«Cada uno de los legatarios arriba mencionados deberá firmar un acta colectiva, en la cual cada uno de ellos se comprometerá á ingresar anualmente, siguiendo las instrucciones que he dado á mi muy amado hermano, la totalidad de las rentas anuales de sus respectivos legados en una caja común.

»La suma proveniente de estas entregas, así como mi fortuna entera, pertenecerá totalmente al último superviviente de mis dichos legatarios, con la carga de abonar el legado hecho á favor de la señora Marion, propietaria.

»Es indispensable que mis dichos legatarios cumplan estrictamente esta condición y que se comprometan á ella por anticipado.

»En caso de negarse á ella, ó bien cuando hayan transcurrido veinte años desde mi muerte, declaro donar y legar la totalidad de mis bienes muebles á Berta Crehu de la Saulays, mi sobrina, con la carga de pagar el legado reservado, como se dice en el artículo primero de la presente acta, en favor de la señora Marion, propietaria.»

## XXXV

## Al último superviviente.

Este final hizo el efecto de un golpe de maza descargado sobre todas las cabezas.

Nadie prestó atención á la maliciosa broma del legado de la señora Marion, propietaria, que se repetía en cada artículo, consistente en un frasco de agua de Colonia ya empezado, dos tarros de pomada y una botella de aguardiente.

El gozo con que había sido acogida la muerte de Juan del Mar se desvaneció para siempre.

¡Una caja común! ¡Una caja en que cada legatario debía depositar el total de sus rentas!

¡Para que todo perteneciese al fin al último superviviente de la banda!

¡Un siglo de espera! ¡En vez de una herencia, un fondo vitalicio!

La concurrencia tardó más de diez minutos en reponerse.

Guerineul fué el primero que tomó la palabra:

—¡Entonces nos pasa su herencia por las narices! ¿Es esto decoroso?

—¡Veamos!—insinuó el viejo Houel.—¿Acaso no habría un medio de arreglarlo? ¡Todos somos amigos!

—¿Arreglo?—murmuró Besnard.

—¡Suprimir!—dijo el buen doctor Morin.

—¡Corregir!—replicó *Primo y amigo* mirando á Menand joven.

Y añadió tocando en el hombro á la *Alcachofa*:

—En la profesión de usted, señor y amigo, no se ignora la manera de manejar diéstramente el raspador.

La *Alcachofa* sonrió con malicioso candor, como una muchacha que oye celebrar sus buenos ojos.

Aquella sonrisa fué como un rayo de esperanza. Besnard, Maudreuil, Houel y Guerineul vaciaron un vaso á la salud de Menand joven, que quizás iba á salvar la situación.

A fuerza de reflexiones, el señor Fargeau, que era la razón personificada, pensaba que no había que contrariar sus propios intereses. Es verdad que había esperado bastante; pero las cosas parecía que tomaban un giro asaz extraño para que fuera posible pescar en agua turbia.

Besnard sacó un raspador del bolsillo.

—¡Vamos, Menand—dijo,—trabajemos un poco!

¡Qué manera de acariciar todos al digno Menand y decirle:

—¡Vamos, Menand, manos á la obra!

Menand joven tomó el raspador.

Pero en el momento en que iba á poner á prueba su destreza, el palo de escoba que servía de brazo al fantasma se extendió súbitamente.

El señor Honorato no quería.

—¡Permitan ustedes!—dijo el buen espectro con finura.—¡Pierden el tiempo, mis queridos consortes! No soy del todo necio. Una pequeña falsedad puede hacerse entre amigos; pero el viejo Juan Crehu, que nos conocía á todos tal como somos, ha tomado sus precauciones...

—Explíquese usted—dijo Maudreuil.

El fantasma se guardó el raspador en el bolsillo. ¡No hay que desperdiciar nada!

—¡Con mucho gusto!—replicó.—Amo á todos ustedes como si fueran mis hijos. He aquí el caso: Juan Crehu ha depositado un duplicado de su testamento en casa del señor Robillais, notario real en Rennes, plaza del Campo Jacquet, número 2, entresuelo.

Todas las fisonomías experimentaron la más profunda consternación. ¡El testamento depositado en casa de un notario!

—Escuchen ustedes, corderos míos—continuó el fantasma,—y no lloren. El duplicado que se halla en poder del notario no contiene más que el preámbulo filosófico y el enunciado de los legados. En él no se habla de los méritos de cada uno de nosotros. Lo que el señor Maudreuil acaba de leer es una pieza

confidencial. Todo ello está perfectamente explicado en mis instrucciones.

—¡Sus instrucciones!—repitieron varias voces.

—¡Sí, sí, mis queridas criaturas! Voy á darlas á conocer lealmente. Pero antes bebamos un poco para alegrarnos el corazón.

Se bebió un formidable vaso de ron y los demás le imitaron, porque instintivamente sentían que iban á tener necesidad de armarse de valor.

El miedo venía á la embriaguez antes de que la embriaguez pudiera dominar al miedo.

La embriaguez tardaba en manifestarse.

El fantasma colocó la pequeña tabaquera á su lado, cabalgó sobre su nariz pequeña y encorvada los anteojos armados en hierro, y sacó varios papeles del bolsillo de su chaquetón.

Detrás de la cortina, Tiennet y Berta retenían el aliento. Tiennet atisbaba tras la cortina. Berta escuchaba. Lo que ocurría era para ella como un sueño.

El señor Honorato desdobló una carta y leyó:

«Hermano mío:

»No dándome señal de vida desde hace quince años que estoy de vuelta en el país, me das una prueba de discreción y prudencia.

»No tengo ningún deseo de verte; pero no repugno darte una prueba de mi estimación.

»He hecho un testamento á favor de once personas, la tuya inclusive; entre ellas hay, incluyéndote á ti, nueve miserables perdidos. Confieso que si hubiese encontrado más de nueve en el país, hubiera podido extender el círculo de mis liberalidades.

»He pensado también en los Romblon, pero tengo necesidad de ellos.

»Encontrarás adjunta un acta de adhesión á las cláusulas del testamento. Tu primer deber es hacérsela firmar á todos mis herederos.

»Como es preciso que el capricho de uno solo no perjudique los intereses de los demás, una cláusula consignada en mi testamento depositado establece que la aceptación de la mayoría de los herederos dará validez al acta.

»Los disidentes perderán su parte, que volverá á la masa total.

UN MEMBRADO DE NOVEVO  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
MEXICO

»Tu segundo deber es velar por cuanto se refiere al legado que dejó á la señora Marion, propietaria.

»El tercer deber es servir de cajero en la asociación que constituyan mis herederos. No quiero que se depositen los intereses en otra parte que en un agujero bien cerrado, pues no tengo confianza en los banqueros, ni en los notarios, ni sobre todo en el Gobierno.

»Los ingresos se harán anualmente, bajo pena de caducidad y en la forma que lo acuerden en la cena de funeral mis herederos mismos.

»Finalmente, tu cuarto deber es explicar despacio á esos bribones el fondo de mi pensamiento, que encontrarás en la carta adjunta; carta que harás bien en quemar tan pronto como la hayas leído.

»El duplicado de mi testamento se encuentra, etc.»

El resto de la carta no interesa al lector, salvo cierto parrafito que llevó al colmo la consternación de los herederos.

Decía así:

«Tendrás que prevenir á esos caballeros que mi testamento depositado les concede veinte años para gozar de su parte. Transcurridos que sean, como es preciso que todo tenga un fin, si no han terminado el negocio, la cláusula resolutoria precitada surtirá sus efectos, y mi sobrina Berta heredará no solamente mis bienes, sino todas las sumas acumuladas, con la carga de servir, si aún no lo está, el legado instituido á favor de la señora Marion, propietaria.»

El fantasma colocó de nuevo sus anteojos sobre la mesa, tomó un polvo que hizo estornudar á sus vecinos y sacó del fondo de su bolsillo recado de escribir.

Colocó la pluma y el tintero en el centro del mantel y puso á su lado el papel sellado que contenía la adhesión á todas las cláusulas del testamento.

—¡Firmen ustedes, mis pequeños!—dijo con aire gracioso y retozón.

Nadie se movió.

—¡Oh villanos!—repuso el fantasma con acariciador acento.—¿Prefieren ustedes ver los dos millones en poder de la señorita?

Hubo un movimiento general: bebieron el ron, que

les pareció amargo; era como una medicina contra el miedo que los invadía.

Porque sentían como olor de sangre.

¡El viejo Juan Crehu era el Demonio! ¡Su testamento quemaba á cuantos tocaba como el fuego del Infierno!

*Primo y amigo* cogió el papel sellado, le leyó y lo firmó con temblorosa mano.

Era una aceptación pura y simple, bien inocente en la forma, de las condiciones inscritas en el testamento.

Houel imitó á *Primo y amigo*; después, Guerinéul; luego, Menand joven, Morin y Besnard.

Cuando llegó el turno á Fargeau, dijo:

—Usted, que es legista, maestro Besnard, díganos: ¿qué ocurriría si nos negásemos á aceptar las condiciones impuestas por el difunto?

—La sucesión se abriría inmediatamente en favor de la señorita Berta.

—¿Y si la señorita Berta hubiese muerto?

Besnard se rascó la frente.

—¡Romped ese papel!—exclamó.—¡Somos los amos!

El señor Fargeau firmó tranquilamente y devolvió el papel sellado al fantasma, que le hizo desaparecer incontinenti en el bolsillo de su chaquetón.

—¿Qué hace usted?—balbuceó Besnard asombrado.

—No es la undécima parte de los bienes de los Saulays lo que me hace falta—dijo Fargeau entre dientes,—sino todo!

El fantasma quedó tan encantado de estas hermosas palabras, que extendió sus huesudos brazos por encima de la mesa y acarició paternalmente la barba de Fargeau.

Después se puso en pie y alzó su vaso.

—¡Por el último superviviente!—dijo con voz que vibró como un tambor.

## XXXVI

## El juego de la muerte.

Aquel brindis por el último superviviente no produjo el efecto que su autor esperaba. Heló la sangre en las venas de los concurrentes. En vez de beber, cada uno miró á su vecino, como calculando sus probabilidades de supervivencia.

—¡Malo, malo, amiguitos!—murmuró el fantasma en tono de reproche.—¡Esto no me gusta! Acercadme esa ponchera de plata: voy á hacerles un ponche que los reanimará.

Sabía muy bien hacer ponche el señor Honorato, el *Traga-monedas*. Cuanto quedaba en las botellas de ron y de aguardiente fué vaciado en la ponchera. *Primo y amigo* sospechó que el fantasma había vaciado en ella algo más que ron y aguardiente: el contenido de una redomita que había sacado no sabía de dónde y que hizo desaparecer con destreza de prestidigitador.

Lo cierto es que el ponche estaba muy bueno, al decir del joven Guerineul.

Al segundo vaso, todo el mundo tenía la cabeza alta y los ojos encendidos.

El fantasma dirigió en redondo una mirada de satisfacción.

—¡Esto me place, mis lindos pequeños!—dijo.—¡Nos hallamos en estado de hablar razonablemente! Lo que acabo de leer es una bagatela. Comprenderán ustedes perfectamente que Juan Crehu no contaba con que se resignaran á depositar en un fondo común todas sus rentas durante veinte años. Voy á decirles su última palabra.

—¡Veamos la última palabra!—exclamó ávidamente la asamblea.

—Estamos constituídos en sociedad de renta vitalicia, ¿no es así?—dijo el fantasma.—Pues bien, ¿cuál es el objeto de todo miembro de una sociedad de este género? Vivir más tiempo que sus asociados. ¡Esto es claro!

—¡Es claro!

—El fin de los miembros de tales sociedades está fuera de su poder. En vez de dejar que el azar juegue nuestra partida, tomemos las cartas, ¡vive Dios! y juguemos nosotros mismos.

No comprendían bien. Sólo Fargeau desplegó una leve sonrisa.

—¡Bebed!—exclamó el fantasma.

Era el tercer vaso de aquel excelente ponche, y ya todos veían danzar las luces en torno suyo.

—¡La puesta es de dos millones!—repuso el señor Honorato.

—¡Ah!—interrumpió Morin.—¿Es verdaderamente un juego de cartas lo que usted propone?

—¡Que me place!—dijo el viejo Houel, que en su larga carrera había aprendido á manejar los naipes como un tahir.

—¡A mí también, truenos del Infierno!—exclamó Guerineul.—Pero hubiera preferido hacer veinticinco tantos al billar.

—¡Vaya, vaya!—dijo Honorato con aire maligno.—En el juego de que hablo no se pagan voluntariamente las deudas. ¡Es el juego de la muerte, mis queridos amigos! ¡El que pierda, debe dormir en el cementerio!

Las sillas rechinaron en el pavimento. Cada cual se separó de su vecino con desconfianza y un sudor frío corrió por todas las frentes.

Se comprende que así fuera.

—¡Bebed, corderos míos!—volvió á decir el fantasma.—Todo es bueno para ese juego: fusiles, pistolas, una pedrada en la sien, una puñalada en el costado, la calumnia bien entendida, la delación dirigida con acierto, un empujón amistoso al borde de un precipicio. ¡Vaya!—añadió alegremente.—¡Habéis bebido algunas gotas de una cosa que yo sé en estos vasos de ponche!

Los convidados se tornaron lívidos y miraron sus

vasos con horror. El fantasma se echó á reir bondadosamente.

—¡No tengáis miedo!—dijo bebiendo una copa llena de ponche.—¡Ved que el juego no ha empezado!

Llenó todos los vasos. Después, como si se tratara de la cosa más sencilla, preguntó sonriendo:

—¿Está convenido, queridos míos?

La respuesta se hizo esperar. ¡Pero aquel ponche estaba endemoniado!

—¡Yo digo que sí!—dijo Fargeau resueltamente.

—¡Yo digo que sí, demonios azules!—exclamó Guerineul.—¡Tomemos los cuchillos de la mesa y juguémonos la vida!

—¡Sí, sí!—repitieron todos.

Las gargantas estaban roncas, los rostros inflamados. Una intensa expresión de beatitud se pintaba en la faz amarillenta del fantasma.

Guerineul había cogido su cuchillo para jugarse la vida, como decía.

Menand joven, dando muestras del discernimiento más asombroso, cogió un cuchillo de trinchar, un verdadero sable de caballería.

La batalla era inminente.

—¡Haya paz!—gritó el fantasma.—¡Nadie tiene derecho para elegir las armas! ¡Abajo los cuchillos!

—¡Y vivan las cartas!—gritó *Primo y amigo*, que lloraba enternecido.

—¡Caballero—repuso el doctor Morin,—los hombres como usted perderán á nuestra bella Francia!

Menand joven cantaba en lo íntimo de su alma, pensando en su primera noche de bodas.

Y aquella silenciosa armonía, inundando su alma hermosa, iluminaba su frente con resplandores y sonrisas. Houel, hombre de edad, intentaba partir una nuez con los dedos. Y no podía.

Guerineul dibujaba sobre el mantel con un corcho quemado el perfil de un hombre que suele figurar en todas las paredes, con un triángulo en lugar de sombrero y provisto de una pipa. Fargeau había cogido una mosca y le arrancaba las alas.

Besnard abogaba ante un juez de paz imaginario, en una causa formada por el robo de una gallina, efectuado con fractura, pero sin escalo.

Todos estaban completamente borrachos.

—¡He aquí unos buenos muchachos!—dijo el fantasma.—¡Unos buenos muchachos muy obedientes! ¡Tenemos tiempo para obrar, calaverillas! ¡Podemos hablar muy tranquilamente esta noche! ¡Mañana, Dios dirá!

—¡Buen hombre—dijo Guerineul,—á ti se te envía al Infierno de un papirotazo!

—¡Quién sabe!—murmuró el viejo haciendo á Guerineul un signo paternal.—Con la cabeza el toro es más fuerte que la víbora, ¿verdad, señor Fargeau? y la víbora mata al toro. Veo aquí buenos muchachos que están mejor armados que usted, señor Guerineul. He ahí á Besnard, que ha hecho más de una picardía. ¿Y el doctor Morin? ¡Oh, nos reiremos!

Volvió á colocar la barba sobre las manos y entornó los ojos.

—Esperando—continuó—arreglaremos nuestros asuntos, corderos míos; y no bebáis más, porque concluiréis por caer debajo de la mesa. Si queréis hacerme caso, descansaremos por esta noche.

—¿Por qué?—preguntó Fargeau.

—¡Tanto vale ocuparnos en seguida en todo!—dijo *Primo y amigo*.

—¡En todo! ¡Vamos á tratar de los ausentes!

—¡Es verdad!—exclamaron á la vez.

—Los ausentes siempre son culpables—replicó el fantasma, que aprovechaba todas las ocasiones para burlarse;—cuando hayamos arreglado sus asuntos, nos ocuparemos en los nuestros. ¿Quién es Tiennet Blóne?

—Un mozo de diez y seis años—respondió Fargeau.

—Que no está lejos de creerse hijo natural del difunto—añadió *Primo y amigo*.

—Y que da lindamente el golpe del ariete—concluyó Guerineul con acento de sincera admiración.

—¿Se puede empezar por él?—preguntó el fantasma.

—¡Ya lo creo!—dijo Morin.—Él es quien fué á buscar al asno de Meaulle.

—¡Hum!—dijo Guerineul.—Los Romblon tomarán con calor este asunto.



—Eso atañe á la sucesión—dijo *Primo y amigo*.  
 —¿Y dónde se encontrará ese Tiennet?—preguntó el viejo.

—Partió esta tarde á Vitré—respondió Fargeau—para prevenir á mi primo Luciano.

Hubo un momento de silencio, después del cual *Primo y amigo* repuso:

—¡Juguemos limpio, qué demonio! En las circunstancias en que nos encontramos, el asesinato pierde su nombre. Señores, yo soy un hombre cortés...

—¡Y yo!—interrumpió Guérineul.

—¡Y yo!

—¡Y yo!

—Todos somos caballeros—prosiguió *Primo y amigo*.—El testamento de nuestro venerado amigo y primo nos impulsa por esta senda; yo me lavo las manos.

La *Alcachofa* miró las suyas. Aquella metáfora usual y bíblica no se avenía con sus costumbres.

—En cuanto á la tercera persona ausente—continuó Maudreuil,—he aquí su marido (y señalaba á Menand joven), que nos proporcionará su firma. ¿Queréis que llamemos á los dos señores Romblon?

—¡Siempre tan cumplido este *Primo y amigo*! ¡Los señores Romblon!

—¡Los Romblon!—dijo Fargeau con repugnancia.

—¡Tienen tan detestable fama!

Guérineul se echó á reír.

Se entabló discusión sobre la conveniencia de recurrir á los talentos de los Romblon, padre é hijo.

Ya hemos hablado mucho de ellos; pero no los hemos visto en acción. Dentro de poco veremos lo que saben hacer.

## XXXVII

## El postre.

Por mayoría de votos decidieron dirigirse á los Romblon para la tenebrosa tarea, y pagarles doscientas pistolas.

El fantasma, resumiendo la discusión, levantó la sesión en estos términos:

—Se entiende que esta noche convenimos en una tregua, como lo haremos siempre que, convocados por mí, nos reunan nuestras comunes necesidades. Queda convenido además que á los Romblon se les pagará de los fondos indivisos. Finalmente, queda acordado que los Romblon van á poner al punto manos á la obra entre el castillo y Vitré, de manera que Luciano pueda ser hallado mañana y arrojado por cualquier accidente en el fondo de un barranco...

El viejo se interrumpió como si le hubiera picado una serpiente.

Todos los convidados se estremecieron á la vez.

Un grito ahogado se había oído detrás de la cortina.

Fargeau y Besnard se miraron.

—¡Es su voz!—murmuró éste.

—¡Imposible!—dijo Fargeau.

—¡Mirad!

En el momento en que Maudreuil y Guérineul se dirigían hacia el cortinaje, éste se alzó. Berta apareció en el alféizar de la ventana. Estaba sola.

Tiennet Blóne había desaparecido.

—¡Piedad, piedad!—gritaba Berta, que extendió los brazos llorando.—¡Piedad para Luciano!

—¡Nuestra prima y amiga!—balbuceó Maudreuil retrocediendo.

—¡Truenos del infierno!—dijo Guérineul.—¡La pequeña se ha dejado conquistar con ternezas!

Y Guérineul era, sin embargo, el mejor de todos. En todos los rostros se podía ver ya la sentencia de la pobre Berta.

Se había contenido cuanto pudo. Más de una vez el grito que al fin se había escapado de su pecho había llegado hasta sus labios.

Se había reprimido porque la presencia de Tiennet Blône la sostenía y le inspiraba valor. Pero al cabo de algunos minutos Tiennet Blône, que, sin dejar de escuchar cuanto se hablaba en el interior, prestaba atención á los ruidos exteriores, había pasado al otro lado de la ventana y saltado al patio. El perro guardián aullaba; algunos pasos se oían.

La mayor preocupación de Tiennet era la vuelta de Luciano. Lo que había sorprendido de la conversación de los herederos no era para tranquilizarle. Por eso acechaba anhelosamente la llegada de Luciano, y si abandonó á Berta para saltar por la ventana, fué porque había creído reconocer el paso de aquél. El pastor había dicho en voz baja al oído de Berta:

—Llamad al menor peligro; estoy aquí.

Pero ¡pobre niña! ¿Acaso pensaba en ella misma? ¡Luciano! ¡Amenazaban á su Luciano! ¡Al que la había hecho traición! ¡Pero á quien amaba tanto!...

Los herederos parecían consultarse con la mirada. Todos fruncían el entrecejo.

El fantasma, menos feroz que sus compañeros, examinaba á Berta á través de sus anteojos y decía con aire regocijado:

—¡Linda jovencita!

Alentada por el silencio Berta, avanzó un paso.

Besnard, Fargeau, Maudreuil y Morin se habían acercado. Fargeau dijo, después de cambiar con ellos algunas palabras en voz baja:

—¡Voy á apoderarme de ella! ¡Marchad!

Morin sacó del bolsillo un gran pañuelo de seda; Maudreuil le cogió y le retorció con las dos manos; Fargeau lanzó una carcajada.

—¡Ja! ¡ja! ¡ja! —dijo.—¿Nuestra querida prima no comprende que aquí sólo se trata de divertirnos?

—¿Es que no ha muerto nuestro tío Juan Crehu?— preguntó Berta, que de repente alentó una vaga esperanza.

Fargeau no esperaba tal pregunta. Pero ¿qué importaba? El pañuelo estaba retorcido y Berta era ciega.

Maudreuil tenía cogido uno de sus extremos; Besnard, el otro.

Berta esperaba la contestación de Fargeau.

El fantasma daba vuelta á los pulgares beatíficamente.

Fargeau hizo un ademán de impaciencia.

Maudreuil y Besnard, que habían vacilado un momento, andaban de puntillas.

Habían hecho un nudo corredizo en el pañuelo del doctor.

Berta dió un grito al sentir apoyarse en su cuello dos manos ardientes y rudas.

—¡Deteneos!—dijo Guérineul sofocado.

—¡Apretad!—dijo Fargeau.

Berta no tuvo tiempo para lanzar un segundo grito. Pero Tiennet Blône no necesitaba más que uno.

En el momento en que la joven se tambaleaba, en el instante en que el pañuelo se apretaba en torno de su hermoso cuello, ya hinchado por la presión de las manos de Besnard, Tiennet Blône cayó en medio del grupo.

Su presencia asustó á todos los convidados, que, pálidos y temblorosos, se refugiaron al otro extremo de la mesa.

Arrancó el pañuelo y recibió á Berta desvanecida en sus brazos.

Nadie pronunció ni una palabra. Sólo el fantasma, mirando tranquilamente á Tiennet Blône, murmuró:

—¡Valiente muchachote!

La primera impresión entre los convidados fué de pánico. Pero los más decididos no podían tardar en rehacerse. Había por una parte ocho hombres en el vigor de la edad, y por la otra un muchacho sin armas que tenía en sus brazos á una joven desmayada.

Sin ponerse de acuerdo, todos tuvieron el mismo pensamiento.

—¡Dos en lugar de uno! ¡Doble golpe!

Y mientras Morin, Fargeau y Houel se deslizaban á lo largo de la mesa para cortar la retirada por el lado de la ventana, Besnard cogió el cuchillo de trin-

char de manos de Menand joven y saltó por encima de la mesa para caer sobre Tiennet.

Cada uno cogió un cuchillo. Besnard estaba seguro de que sería secundado.

Pero Tiennet había dispuesto de dos segundos para darse cuenta de la situación. Dejó á Berta en el suelo. Sus largos cabellos le sacudían la espalda como la melena de un león.

La sala estaba alumbrada por media docena de velas de sebo colocadas sobre la mesa; una sólida mesa, que requería la fuerza de cuatro personas para ponerla sobre los travesaños que le servían de soportes.

Tiennet cogió la mesa con las dos manos en el momento en que Besnard subió á ella. El esfuerzo que hizo hinchó las venas de su frente é inyectó de sangre sus ojos, haciendo á la vez crujir sus brazos.

Pero levantó la mesa y la arrojó sobre los convidados, medio muertos de espanto.

Se oyó un grito de angustia.

Después el silencio y la obscuridad, pues todas las velas se habían apagado á la vez en la caída.

Tiennet volvió á coger á Berta en sus brazos y de un salto franqueó la ventana, cayendo al patio con su carga.

..

En la sala roja, entonces muda y sombría como el interior de una tumba, empezaron á sentirse confusamente ciertos movimientos de personas que andaban á tientas, tropezando aquí y allá con las sillas caídas, y ruido de puertas que se abrían.

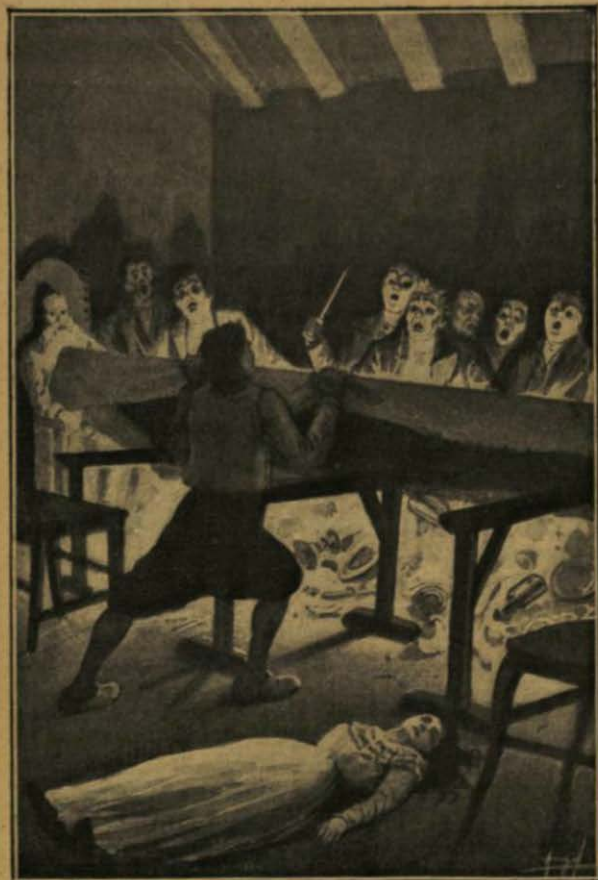
Después, el golpe de un eslabón contra la piedra.

Saltaron algunas chispas y se encendió una vela.

Era el fantasma quien la había encendido. La mesa, al caer, no le había tocado.

Levantó la vela para mirar en torno suyo. No había nadie.

Todos los convidados se habían escabullido, no



Pero levantó la mesa y la arrojó sobre los convidados, medio muertos de espanto.

por miedo á Tiennet, sino porque cuando se dice entre camaradas: *juguemos á la muerte*, no agrada tener cerca á esos mismos camaradas en las tinieblas.

El fantasma sonrió frotándose las manos con verdadera satisfacción.

—En cada generación—pensó—hay siempre un Crehu que dura cien años; yo soy el último de mi generación. ¡Tengo ante mí un porvenir muy hermoso!

Descendió del estrado en que ocupaba el sillón del muerto y dió algunos pasos por la habitación con la vela en la mano.

La casualidad había hecho que cayera á plomo la ponchera de plata, que aún contenía tres ó cuatro vasos de ponche.

El fantasma apuró hasta la última gota.

Después respiró plácidamente.

Se habían coloreado sus pálidas mejillas.

Volvió al estrado y canturreó con voz cascada una canción obscena.

Cuando la hubo acabado, se arrellanó cómodamente en el sillón mortuario, se arropó como pudo con sus paños negros sembrados de lágrimas de plata, y entre aquel duelo, arrullado por la lejana voz del sacerdote que rezaba las preces cristianas junto al cadáver de Juan del Mar, se durmió como un honesto espectro que era.

### XXXVIII

#### Una idea de Fargeau.

No imitéis la conducta de los Romblon, que tenían poca moralidad.

Bien que estuviesen unidos por los lazos del más estrecho parentesco, puesto que eran padre é hijo, y además asociados en su comercio, la voz pública los

acusaba de maquinar robos audaces en el silencio de su gabinete.

Aquella noche habían servido la cena á los Romblon en su cuarto.

Comenaron con buen apetito hablando tranquilamente de sus asuntos: el padre no había tirado ningún plato á la cabeza de Fiff.

Puede atribuirse tal vez á la gravedad de las circunstancias. La situación era deplorable; los Romblon no vendían caballos, y los seguros contra incendios tampoco marchaban satisfactoriamente.

Papá Romblon decía:

—¡Hay calma chicha! Los señores montan chivos como los lugareños y nadie quiere pagar la prima de incendios.

—¡No hay que apurarse!—interrumpió Fiff.

—¡Hay que arreglar esto!—repuso el buen hombre.

—Papá—dijo Fiff,—decía usted que cuando muriese Juan del Mar no tendríamos necesidad de ser chalanes ni de jugar á las *quemas*.

El viejo Romblon se sirvió un vaso de aguardiente y encendió la pipa.

—¡Si lo dije, está dicho!—replicó.

—Pues bien, he aquí que Juan del Mar ya está difunto, y me parece que no heredaremos mucho.

—¿A que sí, Fiff?

—¿A que no, papá?

He aquí el *casus belli* planteado. No hacía falta más.

Fiff recibió un puntapié en el vientre y papá resultó con la nariz aplastada.

Después de una lucha que no nos atrevemos á detallar, Fiff Romblon abandonó el campo de batalla y se marchó á acostar.

Papá Romblon se aplicó á la nariz una loción de aguardiente sin alcanforar y recogió su pipa, que, afortunadamente, se conservaba intacta.

Eran próximamente las once y media de la noche.

Papá se quitó sus gruesos zapatos para meterse en el lecho.

Cuando apagaba la luz llamaron quedo á la puerta.

—¡Adelante!—dijo Romblon.

El joven Fargeau traspasó el umbral.

—¡Ah!—dijo papá sin mostrar el menor asombro.—

¡Le esperaba, amigo mío! ¡Venga usted y siéntese aquí!

Y le indicaba los pies del lecho. Fargeau se sentó.

—¿Qué hay de nuevo?—dijo el buen hombre.

Fargeau estaba todavía bastante pálido á causa de cuanto acababa de suceder en la sala roja. Su cuerpo largo y flaco estaba agitado por un estremecimiento nervioso.

—¡Ha ocurrido una escena terrible!—murmuró.

—¡Cuéntemela usted!

Fargeau contó la escena de cabo á rabo.

El viejo permaneció un momento como aturdido.

—¡Oh!—dijo al fin.

—Querido señor Romblon—dijo Fargeau,—sé el interés que le inspiro. Si hubiese podido dudar de él, la cartita que me ha enviado...

—*Tarde venientibus, ossa!*—exclamó el buen hombre lanzando una risotada.—No sé latín; pero el bedel de Saint-Etienne, de Rouen, siempre me decía eso cuando llegaba después de la sopa.

—Crea usted—interrumpió Fargeau cogiéndole las manos—que mi reconocimiento...

—¡Ya descifraremos eso!—interrumpió Romblon á su vez.—Usted viene á proponerme un asunto, ¿no es cierto?

—Vengo...

—Escuche usted. Conozco á ese viejo mono que llama usted el fantasma. Cuando vine á Vitré por primera vez, no tenía qué comer. Le pedí prestados cincuenta sueldos sobre un par de polainas; luego le devolví los cincuenta sueldos, y él se quedó con el par de polainas por los intereses. ¡Es un hombre que entiende los negocios!

—Yo vengo...—dijo Fargeau.

—¡Bueno! Hubiera dado una moneda de seis libras por escuchar el testamento de Juan del Mar. ¡Bien sabía él que os devoraréis unos á otros y que no se encontrarán ni los rabos del último!

—Yo venía...—volvió á decir Fargeau.

—¡Bien, querido! ¿Acaso no sé á lo que viene usted? Erais nueve mamelucos, y os habéis dejado dominar por Tiennet Blône. Este y la señorita Berta os la han jugado de puño y van á prevenir á Luciano. Enton-

ces llegáis al viejo Romblon, y le decís: Papá, es preciso quitar de en medio á tres personas; se os ofrece tanto. ¿Os parece aceptable el negocio?

El buen hombre hablaba riendo groseramente.

—¿Qué tal?—agregó.—¿He acertado?

—Nada de eso—replicó Fargeau friamente.

Papá Romblon abrió los ojos.

—¿Acaso se quería prescindir de mí?—preguntó.

—No, querido: yo, por lo menos, no podría tener ese pensamiento, puesto que le soy muy afecto; pero escúcheme, y cuando haya terminado, espero que verá las cosas desde otro punto de vista.

—Ya escucho—dijo papá.

Fargeau cruzó las manos sobre las rodillas y comenzó diciendo:

—Observe usted, querido señor Romblon, que sólo hablo en mi nombre. Mis coherederos y yo somos enemigos mortales por el solo hecho del testamento de mi respetable tío.

—Eso es evidente—dijo Romblon.

—Présteme usted atención. Esta noche va usted á recibir la visita de todos los herederos.

—Así lo espero.

—Vendrán á hacerle proposiciones, que no conozco ni adivino: usted verá si la mía corta el nudo mejor que las otras. Me entrego, pues, á su buen juicio. Ahora, una pregunta: ¿puede usted ponerse de mi parte?

—Si lo paga usted bien...

—Pagaré como un rey.

—Entonces soy suyo.

—He aquí mi pensamiento. Somos once coherederos: de los once, dos se encuentran ya descartados...

—Es preciso empezar por ellos.

—Es preciso empezar por los otros.

—¡Ah!—dijo papá Romblon.

—¡Reflexione usted!—repuso Fargeau.—Tiennet y Luciano no me dispararán una bala en la landa, en tanto que Besnard, Houel, Guérineul...

—Así lo creo.

—Luciano y Tiennet no me echarán cardenillo en la sopa, mientras que el doctor Morin...

—¡Comprendido!—dijo papá.

Y dió al joven Fargeau un apretón de manos.

Fargeau agradeció esta muestra de afecto y repuso:

—Propongo acabar esta misma noche con todo el mundo, excepto tal vez con el señor Honorato, que ya es bastante viejo.

—Los *Traga-monedas* viven cien años, hijo mío—dijo papá.

—En fin, ya veremos. Pero, por lo que toca á los otros, ¡limpia general!

—¡Demonio!—murmuró Romblon.—¡Siete muertos! ¿Y de qué manera nos arreglaremos?

—En cuanto á los siete—replicó Fargeau, que discutía con finura y método,—creo haber encontrado un medio satisfactorio. Los incendiarios parecen haber abandonado el país...

—Eso le decía hace poco á Fiff—exclamó el buen hombre.—¡Eso mata nuestros seguros!

—Yo los resucito.—Aquí estamos reunidos los herederos de Juan Crehu. Los incendiarios intentan á la fuerza incendiar la alquería que está al otro lado de la *Mestivière*, por ejemplo. Nosotros nos armamos para defender una propiedad que es nuestra proindiviso. Hay un horrible combate, y siete de nosotros quedan en el campo.

Romblon apretó la mano de Fargeau.

—¡El más línce no tendría la menor sospecha!—dijo gravemente.

—Escuche usted—dijo Fargeau.

Llamaron suavemente á la puerta.

—¿Quién es?—preguntó Romblon.

—¡Soy yo, amigo mío!—respondió *Primo y amigo*.

—¡Estoy enfermo!—gritó Romblon.—¡Vea usted á Fiff!

Maudreuil llamó á la puerta de Romblon joven.

—Ya ve usted—replicó Fargeau;—vendrán unos tras otros, y usted les hará creer que en el tumulto el mejor sitio será para ellos.

—¿Cómo el mejor sitio?—replicó papá, que, á pesar de su experiencia, no había comprendido del todo.

—Sí—prosiguió Fargeau sin conmoverse;—el plan está trazado del todo: usted no es quien ha de poner manos á la obra.

—¿Quién, pues?

—Todos nosotros.

—¡Eso es soberbio! Veamos el plan.

—Usted nos da á cada uno un fusil bien cargado y nos dice: «El gatillo está montado de tal suerte que á una señal dada todos caerán, excepto usted... porque usted apuntará á su vecino, el cual hará lo mismo con el suyo, y así sucesivamente, mientras que á usted nadie le apuntará: yo le colocaré en lugar seguros».

—Palabra—interrumpió Romblon estupefacto,—que la idea es en verdad excelente. Lo crearán, sobre todo si han pagado. ¿Y los fusiles?

—Hacen falta ocho.—Levántese usted y venga conmigo.

Cuando salían por la puerta falsa llamaron por segunda vez á la puerta principal.

—¿Quién es?—preguntó Romblon.

—¡Yo!—respondió la voz de Besnard.

—Soy con usted: aguárdeme, que estoy hablando con mi hijo! ¡Este pica!—añadió por lo bajo, volviéndose á Fargeau.

Fargeau le impuso silencio y ambos se dirigieron hacia la escalera de servicio.

La parte del castillo en que se encontraban Fargeau y papá Romblon estaba bastante apartada de la sala roja y, sobre todo, de la cámara mortuoria.

Los cuartos de los criados se hallaban al otro lado del patio. Solamente Olivette dormía en el interior del castillo. Fargeau y Romblon no podían menos de pasar frente á su cuarto. Fargeau le señaló la puerta con el dedo.

—Contamos mal—dijo Fargeau en voz baja:—no hace falta fusil para Olivette.

—¡Es verdad!—murmuró papá.—El viejo ha incluído á la pequeña en su testamento.

—Quedan siete, de los cuales uno debe sobrevivir—añadió Fargeau.—los otros seis es preciso que mueran, Maudreuil sobre todo.

—Se le pondrá en el peor sitio—repitió Romblon,—de modo que sea fusilado sin tener la satisfacción de pagar á otro en la misma moneda.—Pero ¿dónde diablos están esos fusiles?

Llegaron al extremo del pasillo del primer piso.

—Tome usted la luz—dijo Fargeau.

Y al mismo tiempo cogió una llave oculta en un saliente del muro y abrió una puerta.

Aquella puerta daba acceso al almacén de armas del castillo. Romblon eligió los siete fusiles más presentables. Fargeau se proveyó de pólvora y balas.

Antes de salir, el buen hombre detuvo á Fargeau.

—Pequeño—le dijo,—usted, que es discreto, estoy seguro de que me dará un anticipo.

—Cien luises de oro—dijo Fargeau.

—Pongamos doscientos. ¿Los lleva encima?

—¡Sean doscientos!—dijo Fargeau.

A papá le disgustó no haber pedido trescientos.

—¡Démelos!—repuso.

Y cuando Fargeau le hubo dado ocho paquetes de veinticinco luises, añadió:

—¿Cuánto ganaré después del negocio?

—La parte de un heredero.

Romblon le puso la mano en un hombro.

—¡Usted irá muy lejos, camarada!—le dijo.—Le he visto regatear un caballo de cincuenta escudos, y eso está bien: hoy no regatea cuando se trata de cien mil francos, y eso es mejor. Escoja usted su fusil, que voy á cargárselo.

—No entiendo mucho de eso—respondió Fargeau;—pero ahora que sabe usted el precio, estoy seguro de él. Escójale por mí y arréglole todo como le parezca bien.

Romblon tomó la mejor arma y la cargó concienzudamente. Después dijo:

—¡Desfilemos! A las cuatro irá usted á la Mestivière, no por la plataforma, sino por detrás de las rocas. Se oculta entre la maleza, cerca del sexto árbol, á lo

largo del camino. *Primo y amigo* estará en el quinto árbol.

—¡Maudreuil!—exclamó Fargeau.—¡No erraré el blanco!

—Cuento con ello. Hasta luego.

Fargeau quería decir algo más; pero Romblon tenía que recibir á los otros, pues era para él una noche de gran audiencia. Dió, pues, á Fargeau con la puerta en las narices.

Luego, como conocía las costumbres del digno joven, cerró una segunda puerta que establecía una doble barrera entre su voz y los oídos demasiado curiosos.

## XL

### Las audiencias de los Romblon padre é hijo.

Besnard continuaba aguardando. Al fin le abrió Romblon; pero, en vez de dejarle entrar, cambió de opinión y empujó bruscamente la puerta.

—Aguarde usted un poco, querido—le dijo.—Tengo que decir una palabra á Fiff. ¡Fiff!

—¡Papá!—respondió al punto el joven.

Las dos habitaciones estaban separadas por un gabinete tocador, que era campo neutral para ambos.

—¿Está Maudreuil contigo?—preguntó el padre.

—Sí, papá.

—¡Presta oído! Yo no tengo tiempo de poner los puntos sobre las íes. ¿Entiendes?

El hijo se acercó. El buen hombre le habló rápidamente en voz baja. Entretanto cargaba los fusiles. Cuando hubo terminado le preguntó:

—¿Comprendes?

—Sí, papá.

—Entonces, toma tus fusiles y lárgate.

Fiff desapareció con ellos.

—Soy con usted, compadre Besnard—dijo el viejo Romblon abriendo definitivamente la puerta.

—¿Me explicará usted?...—empezó diciendo el hombre de negocios con mal humor.

—¿Por qué le he hecho esperar? Fíjese me cuidaba como un buen muchachito. Pero voy á volver á acosarme—repuso tiritando. —¡Brrr! ¿En qué puedo servirle?

Besnard habfa mirado en torno de la habitación con cierta desconfianza. Se aproximó al lecho y se sentó cerca de Romblon.

—Tengo confianza ciega en usted, papá, y usted bien lo sabe—dijo.

—¿Qué más?

—¡Demonio! Deseo contárselo todo.

—¡Cuente usted!

Esto fué dicho con resignación, pues el viejo Romblon ya conocía la historia.

Besnard le hizo un relato detallado, después del cual exhaló un prolongado suspiro.

—¡Es un asunto endiablado!—dijo.

Con su gorro de algodón, papá tenía un aspecto doctoral.

—¡Vaya!—replicó solemnemente.—¡Cuando el agua llega al cuello, se acude á buscar á los Romblon!

—¡Tengo una idea!—dijo Besnard.

Pero Romblon habfa escuchado bastante.

—¡Ideas?—dijo.—Es mi profesión tenerlas, y por eso las tengo.

Se rascó la frente y continuó con acento inspirado:

—¿Qué dice á esto mi hombre?

La idea de éste era la misma de Fargeau: la manzanza mutua y recíproca, el juego de la muerte, jugado en una sola partida y sin desquite.

—Entiéndame usted bien—dijo papá resumiendo.

—Usted tira sobre Fargeau, el cual tirará sobre Maudreuil, éste sobre Morin, Morin sobre Houel, el cual tomará por blanco á Guerineul, y Guerineul á Menand joven.

—Que podrá tirar sobre mí, ¿no es eso?—terminó Besnard.

El viejo Romblon hizo el gesto de Sócrates en el momento de tragar la cicuta.

—Si usted paga el precio que vale este servicio, no tendrá esa idea, viejo mío—dijo con tono sentencioso.

—¡Pagar!—repuso Besnard.—¡Bonito negocio! ¡Daría la mitad de la herencia al que me sacara de apuros!

Papá se conmovió y le hizo una mueca.

—¿La mitad?—refunfuñó.—No es poco. ¿Y al contado?

—Tengo un centenar de luises en mi cartera.

—¡Démelos!

Besnard contó los cien luises.

—¿No tiene usted más?—preguntó papá.

Besnard se golpeó los bolsillos.

—¡Bien, bien, querido, era por saberlo! Ahora escuche usted. Coja el fusil que está al pie de mi cama. Lleva dentro una bala y tres balines. Vaya usted á las cuatro á la Mestivière por el camino del bosque. Su puesto es bajo la roca. Fargeau estará delante de usted á diez pasos. ¡Buenas noches!

—¡Veamos!—dijo Besnard.—Convengamos en los hechos más claramente.

—Ya está todo convenido. Esta madrugada á las cuatro y cinco minutos no tendrá usted por coherederos más que á Tiennet Blône, Olivette, Luciano Crehu y Honorato el *Traga-monedas*.

Besnard se levantó radiante de alegría.

—A las cuatro estaré allí. Buenas noches.

Pero al viejo Romblon se le ocurrió una idea. En el momento en que Besnard se alejaba le llamó.

—¡Cien luises!—exclamó.—¡Esto es una granizada! —Y añadió en voz alta:— Permítame usted antes una consulta.

Besnard volvió.

—¡Dos consultas!—rectificó papá.

—¡Veinticinco si le place, compadre!

—No, nada más que dos. ¡Qué demonio! Puesto que usted me ha prometido la mitad de la herencia, esto me importa mucho. Le pregunto cómo puede ser legal una historia semejante.

—¿Legal?—repitió Besnard.

—Sí, porque si un juez de instrucción pudiera descubrir la trama, el asunto no merecería la pena.



—El juez de instrucción no puede hacer nada.  
 —Eso es justamente lo que yo quería comprender.  
 —Amigo mío, la facultad de testar es de estricto derecho, como dice la curia. Las restricciones que la ley impone á este derecho son pocas y prudentes. Juan del Mar no se ha excedido en su derecho de testador, y, sobre todo, ha subordinado todos los legados á la condición de una aceptación escrita y formal, expresando que en caso de negativa todos sus bienes pasarán á la ciega. Faltan tres aceptaciones: la de Tiennet, la de Luciano y la de Olivette. Pero cuando ya no se trate más que de éstos, yo me encargo de todo. En cuanto al testamento, se encuentra depositado en debida forma en casa de un notario de Rennes. Ninguna ley impide constituir un fondo vitalicio por acta testamentaria. Estamos dentro de los principios legales. ¿Me río de todos los jueces de instrucción del universo!

—Pues bien—dijo papá,—otra consulta. Cuando mañana se encuentren seis cadáveres en el bosque, mi idea es cargárselo en cuenta á los incendiarios; pero la justicia...

—Evidentemente—interrumpió Besnard,—la justicia hará ruido; pero la justicia, créalo usted, es un viejo perro de caza que ha perdido el olfato. Su idea de los incendiarios es inocente como los cuentos infantiles. Tendrá éxito. ¡Duerma usted en paz!

—Pero—objetó Romblon—¿y si fracasara?

Besnard le miró de frente.

—¿Cómo, viejo Romblon?—le dijo.—¿Ha esperado usted alguna vez morir en su lecho?

Romblon le estrechó la mano riendo y se separaron.

\* \* \*

Se oyeron las tres en el reloj del castillo. Los Romblon habían dado audiencia á todo el mundo.

Habían acudido á ellos Morin, Houel y Guerineul. Todos aquellos pobres herederos se encontraban en un callejón del que era preciso salir á toda costa.

Los menos dados á medidas violentas eran aquella noche los primeros en avanzar. Morin, Fargeau, Houel y Maudreuil se apoderaron de los fusiles cargados, con el ardor de la fiebre. No había peligro de que nadie retrocediera.

Lo que lamentamos amargamente es no poder contar al detalle la conmovedora escena que tuvo lugar entre Menand joven y papá Romblon.

Porque Menand joven acudió como los otros y, como ellos, se llevó un fusil.

Los Romblon se vistieron, bajaron muy despacio la escalera de servicio y salieron del castillo por la puerta del patio. Todos los criados reposaban.

Papá y Fifí se cogieron del brazo y siguieron el camino de la Mestivière.

¡Vamos! ¿No valía mucho más vivir así, en buena inteligencia, que disputar y propinarse mutuamente golpes peligrosos?

En vez de dirigirse á la plataforma, los Romblon torcieron á la izquierda del bosque.

—Allí es donde van á danzar—dijo papá.

Era un ángulo de monte espeso, cortado por un barranco.

La noche era oscura y apenas se distinguían las sinuosidades del terreno.

Los bordes del barranco subían hasta la roca, dando la vuelta sobre la plataforma en el mismo sitio en que la víspera había escuchado Fargeau la conversación de Tiennet Blône y el pastor. El roble hueco se elevaba á un centenar de pasos de la roca; pero estaba separado del barranco por una espesura impenetrable. Fifí miró en torno suyo.

—Allí estará Besnard—dijo papá;—allí, Fargeau; allí, Maudreuil; más allá, Houel...

Fifí se echó á reír y papá le hizo dúo.

—¡Al fin eran dos tigres aquellos Romblon!

En el camino que acababan de abandonar se oyó el galope de un caballo; pasó una figura negra y después reinó el silencio.

—¿Has visto?—preguntó el viejo.

—Es Tiennet Blône—respondió el hijo.

Permanecieron un instante como indecisos. Después el buen hombre se encogió de hombros.

—¡Bah!—dijo.—¡Tiennet va hacia Vitré y ya está lejos! Nosotros elegiremos nuestros sitios, porque los pavos van á venir.

Entiéndase que los pavos eran los herederos.

Papá y Fiff eligieron cada uno un árbol y se enca-ramaron á la copa. Se instalaron cómodamente en las ramas, y tuvieron paciencia, como gentes que llegan demasiado pronto al teatro y aguardan que se alce el telón.

## XLI

### En acecho.

Era, en efecto, á Tiennet Blône á quien los Romblon habían visto pasar por el camino de la Mestiviére montado en el caballo de Fargeau.

Tiennet Blône pasó al galope por entre las dos rocas que flanqueaban la entrada de la plataforma, y detuvo su caballo al pie del roble hueco, fuera del alcance de la vista y del oído de los Romblon.

Echó pie á tierra y penetró en el interior del árbol, donde estaba Berta medio reclinada sobre un montón de hierba y de musgo.

Tiennet se dirigió á ella y le cogió una mano.

Aquella mano estaba fría.

—Señorita Berta—le dijo Tiennet,—¿se siente bastante fuerte para montar á caballo?

—¡Sí!—respondió la joven con voz débil.

Tiennet se arrodilló á su lado.

Después de la escena del salón rojo, cuando Tiennet había saltado por la ventana con Berta en brazos, había dado la vuelta al castillo, creyéndose perseguido. Berta continuaba desvanecida.

Por primera vez en su vida Tiennet tuvo miedo de no ser bastante fuerte para defender á aquella joven, que era la prometida de su amo.

Tomó el camino de la Mestiviére, no atreviéndose á confiar á Berta á los colonos de la vecindad, porque éstos no conocían aún el testamento de Juan Crehu y debían considerar á Fargeau como su amo.

El roble hueco era un refugio seguro y mudo.

Cuando la joven hubiese recobrado el sentido, contaba Tiennet con buscarle otro retiro. Pero Berta tardó mucho en volver en sí.

Su corazón, como ya veremos, era fuerte y capaz de resistir los más punzantes dolores; pero su cuerpo era débil.

Tiennet le había preparado un lecho de musgo, y le prodigó todos los cuidados compatibles con su inexperiencia; pero perdía la cabeza sin conseguir que la joven volviera en sí.

Tiennet la llamaba; gruesas lágrimas surcaban sus mejillas creyéndola muerta.

Pasó una hora, ¡ay! Berta estaba siempre rígida, pálida y fría.

Transcurrió otra hora más. Tiennet creía volverse loco. Por fin (¡qué dichoso fué en aquel momento!), Berta entreabrió los labios.

Tiennet cruzó las manos para dar gracias á Dios.

Berta volvió lentamente de su desmayo.

Hacia las dos de la mañana se estremeció violentamente en medio de aquel letargo.

—¿Dónde estoy?—dijo.

Después añadió, sin esperar respuesta:

—¡Luciano! ¡Querían matarte!

Tiennet la tranquilizó lo mejor que pudo.

Ella no le contestó, sino que dijo:

—¡Tiennet, se lo ruego, usted que es fuerte y bravo, vaya á salvarle!

El apuro del buen muchacho renació de nuevo.

¿Cómo socorrer á Luciano, á quien, efectivamente, era preciso salvar? ¿Cómo abandonar á Berta? ¿Cómo llevarla?

Entonces fué cuando se le ocurrió volver al castillo mientras duraba la obscuridad, tomar el caballo de Fargeau, y volver, contando con llevarla en él á Vitré, donde aún estaría Luciano.

Además, acariciaba un vago proyecto que iba más lejos aún: partir los tres con aquel hombre que in-